

# HECHOS Y DOCUMENTOS CONTEMPORÁNEOS

## DISCURSO PRONUNCIADO POR EL NUNCIO APOSTOLICO, EXCMO. MONSEÑOR FERNANDO CENTO, EN LA ACTUACION INAUGURAL DEL AÑO ACADEMICO DE 1944 EN LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

Declaro oficialmente inaugurado el año escolar 1944 de la Pontificia Universidad Católica del Perú e imploro sobre sus labores las más abundantes gracias de lo Alto.

Inicia ella sus tareas, mientras todavía el mundo se debate con estertores agónicos en un trágico conflicto de proporciones apocalípticas, que nos tiene aplastados bajo el peso de una angustia mortal.

No asoma al horizonte rayo de esperanza y asistimos con terror inexpressable al ocaso siniestro de una civilización de la que dijo acertadamente Jorge Duhamel, en su discurso de ingreso a la Academia Francesa, somos nosotros al mismo tiempo "los autores, los beneficiarios y las víctimas".

Ni el advenimiento de la paz, que ojalá sea próximo, nos deja libres de hondas inquietudes. En efecto, cunden por esos mundos del pensamiento, que no son de Dios ni mucho menos, ciertas fatídicas ideologías, las cuales, cuando se tradujeren en normas de la vida individual, nacional e internacional, significarían el retroceso hacia un paganismo mil veces peor que el antiguo y la extinción de toda luz en el fatigoso camino de nuestro destierro.

Y son pregonadas y propagadas esas teorías, por suprema, fatalísima desgracia, en los dos bandos combatientes, aunque sea con distintos contornos y matices, acordes, sin embargo, en una audaz negación de los valores cristianos, que desde dos milenios han dignificado nuestra existencia.

Me refiero, bien lo habeis comprendido, señores, al nazismo y al comunismo, condenados, respectivamente, por Pío el Grande, en sus memorables Encíclicas *Mit brennender Sorge*, del 14 de marzo de 1937, y *Divini Redemptoris*, del 19 del mismo mes.

¡Ay! de la humanidad, sí, en consecuencia de la victoria, una u otra doctrina dominara Europa y desbordara después, como aluvión incontenible, en otros continentes. Sumiríanse ellos en un abismo espantoso, de cuya macabra visión el espíritu rehuye aterrorizado.

\* \* \*

Y sin embargo, a raíz de tanta sangre derramada, de tantas víctimas ino-  
ladas al Moloch inexorable de la guerra, de tantas ruínas, de tantas hecatom-  
bes, de tantas catástrofes, cansados, exhaustos, desilusionados, aspiran los pue-  
blos a un *nuevo orden* que satisfaga sus ansias irrefrenables de justicia. Flota  
en el ambiente algo como aquel sentido universal de expectación que caracterizó  
la época inmediatamente precedente al nacimiento del Mesías prometido y que  
cristalizó el poeta mantuano en el famoso verso de la Egloga IV, tan preñado  
de misterio:

*Novus ab integro saeculorum nascitur ordo.*

Pero, señores, sólo entonces esa ansiada primavera amanecerá, sólo enton-  
ces, esto es, ese nuevo orden aportará una organización social que auspicie el  
cumplimiento de todos los deberes y la tutela de todos los derechos, cuando sea  
cabal y plenamente amoldado al espíritu del Evangelio.

Mientras sombrías tinieblas envuelven al mundo de las inteligencias, en la  
Colina Vaticana brilla un faro con serenos destellos, señalando a los navegantes  
en la mar embravecida el rumbo que les permita vadear los escollos y franquear  
el puerto de salvación.

Desde esa excelsa atalaya, en realidad, el Doctor Unico, con la segura fir-  
meza de un magisterio infalible, lanza su verbo autorizado, que es un eco fiel  
de la palabra de Dios.

Pues bien, profesores y alumnos, es vuestra tarea recoger ese verbo, pene-  
trar su médula, saturaros de su savia y hacer de él la quintaesencia de vuestro  
acervo doctrinal.

Grande, formidable es, hoy especialmente, la responsabilidad de los intelec-  
tuales: son ellos los conductores de los pueblos, ellos que determinan los derrotes  
de las masas y que preparan las decisivas evoluciones o revoluciones de la  
historia, puesto que siempre las ideas han engendrado los hechos o rectificado  
sus trayectorias.

Quienes, por consiguiente, recibieron del Todopoderoso el don impondera-  
ble del genio o del talento tienen para con El la obligación tan estricta como  
ineludible de emplearlo según sus designios, a saber, no para destruir sino para  
edificar, no para emponzoñar las almas con el tóxico del error, sino para ali-  
mentarlas con el pan de la verdad.

Tal sea vuestro cautivador ideal, tal vuestra meta resplandeciente, tal vuestro  
afán incesante.

Y a fin de que ese ideal se concrete y esa meta se alcance y ese afán se  
realice, dejad os recomiendo el estudio tesonero de los documentos pontificios  
de estos últimos tiempos, auténticas obras maestras de sabiduría humano-divina.

Lástima verdadera que sean ellos tan escasa e incompletamente conocidos,  
aún por los que pertenecen a las encumbradas categorías de la cultura: falta im-  
perdonable, que acarrea muchos males y resta muchos bienes a esta pobre en-  
ferma de cuidado que es la sociedad contemporánea.

Precisa, pues, reaccionar contra esa conjuración del silencio con que, prácticamente, se desestiman y relegan al olvido las enseñanzas de los Romanos Pontífices.

Felizmente hay señales confortadoras de tal reacción.

Acaban de editar los católicos de Norte América un interesante tomo titulado *Principles for Peace*, compilación oportunísima de cuantas orientaciones han ofrecido al mundo los últimos cinco Papas, tocante al tópico candente de la paz entre las naciones. Merecidamente apreciado es el volumen *Direcciones Pontificias* del jesuita español P. Aspiazu, atinado comentario de las monumentales Encíclicas emanadas desde León XIII hasta Pío XI. Pláceme también recordar un magnífico libro debido al insigne internacionalista italiano Prof. Guido Gonella, ya traducido al castellano por la benemérita *Editorial Difusión* de Buenos Aires, bajo el rubro *Principios básicos para un Orden Internacional*, y que es una brillante glosa a los tres primeros Mensajes Natalicios de Su Santidad Pío XII.

Pero más allá hay que llegar. Propicia es la sede y apta la oportunidad para expresar el deseo de que en todas las Universidades Católicas del mundo se establezca — si no la hubiere — una especial cátedra que tenga por objeto, justamente, estudiar a fondo y desentrañar dichos documentos pontificios, que forman en su conjunto una estupenda pirámide, cuya cúspide toca el Cielo.

Ojalá que ésta del Perú, última en ser condecorada con el augusto sello papal, modesta todavía en sus posibilidades, mas a ninguna segunda en lo que significa adhesión incondicional y absoluto acatamiento al Sucesor de San Pedro, brinde con tal motivo a sus hermanas mayores un loable ejemplo, dando consistencia dentro de poco a una tal cátedra, que, no lo dudo, cuando se confiara a persona de positiva capacidad y adecuada preparación, sería de las más concurridas y daría frutos harto sabrosos.

Concluyo, señores, exhortándoos a tener siempre como brújula de vuestras investigaciones científicas esta fórmula axiomática del Mártir San Cipriano: *Solutio omnium difficultatum Christus*. "Cristo — y solo Cristo — es la solución de todos los problemas".